

PUERTA CICLÓPEA DE LA PORTELLA

POR BUENAVENTURA HERNÁNDEZ SANAHUJA

(De el diario *El Tarraconense* de 1871-72)

I

SEIS eran las puertas ciclópeas que existían visibles antes del año 1868 en el robustísimo muro que rodea la parte alta de la ciudad de Tarragona; una de ellas, la mejor conservada, se halla casi a tocar con la moderna puerta del Rosario; otras cuatro, más o menos deterioradas, subsisten en el recinto moderno llamado la *Falsa-braga*; y otra, en fin, ostenta su robustez en el paseo de San Antonio, formando parte del basamiento de la casa del señor Aleu, la cual desde hace muchos siglos se halla tabicada; pero al derribar en diciembre del citado año el baluarte que se hallaba junto a la casa de D. Francisco de Cadenas, interceptando el antedicho paseo, se descubrió la continuación del muro ciclópeo y en él la séptima puerta del mismo género.

Este notable monumento megalítico se halla en el punto más visible y concurrido de Tarragona, y a esta circunstancia y a la de formar parte de la muralla, que pertenece exclusivamente al Estado, la Comisión de Monumentos de esta provincia, en uso de sus atribuciones, resolvió exponerla a la vista del público, a fin de que pudiera ser estudiada convenientemente por los numerosos viajeros que visitan esta ciudad, y con este intento durante el mes de mayo de 1870 mandó limpiarla de toda la ruina que la obstruía, y entonces pudo observarse que en épocas muy modernas había sido destruida parte de ella, tapiándola con un sólido muro de mampostería, que la Comisión no creyó por entonces conveniente derribar, pero que lo ha hecho hace poquísimos días.

Esta primitiva puerta guarda mucha analogía con la del Rosario ya mencionada, y como ella, y a semejanza de otras sus contemporáneas, pertenecientes a los mas remo-

tos tiempos, es de escasa capacidad, sin duda para hacerla más defensible. En efecto, la altura máxima de su vano es el de 2 metros 50 centímetros, y su ancho solo mide 1 metro 40 centímetros, de manera que no podría pasar por ella un hombre a caballo.

Según hemos dicho en otras descripciones, el espesor del muro ciclópeo varía de cinco a seis metros, y debiendo naturalmente la puerta atravesarlo, forma una especie de corredor de 5 metros 70 centímetros de longitud, igual al ancho del muro.

Seis inmensos pedruscos toscos y sin labor alguna y colocados tales como fueron arrancados de la cantera, o encontrados desprendidos por algún cataclismo de la naturaleza, constituyen las dos jambas de la entrada, y luego una serie de otros bloques igualmente toscos y grandes como los descritos, forman las paredes laterales de aquel largo corredor o entrada.

Para dar seguridad a estas informes moles y asentarlas sólidamente unas encima de otras, pusieron sus constructores otras pequeñas piedras en los huecos o intersticios que quedan entre ellas, a manera de cuñas, pero con una precisión y habilidad admirables, llenando así las oquedades que dejaban aquellas irregularidades, y este sistema de construcción lo atribuyen los arqueólogos a la primera y más antigua de las cuatro épocas en que dividen los monumentos ciclópeos o pelásgicos; de manera que según este principio generalmente adoptado, la muralla de Tarragona corresponde al primer período ciclópeo, por lo tanto su erección debe remontarse a unos tiempos extraordinariamente remotos.

Para dintel de esta puerta escogieron los constructores un enorme peñasco, que atravesaron simplemente encima de las dos jambas, y tiene 3 metros 80 centímetros de longitud, 1 metro 90 centímetros de grueso y 1 metro 10 centímetros de altura. Este inmenso monolito pesa 1840 arrobas (19.136 kils.) y forma a la vez no solo el dintel, sino también parte del techo del corredor o pasadizo. A

continuación de esta peña viene otra aún más grande, pues tiene igual longitud, 1 metro 50 centímetros de altura y sobre 2 metros de anchura, y pesa 2.640 @ (27.497 kils.)

Por desgracia en tiempos muy próximos a nosotros, y en los que no se daba importancia a estas preciosidades, probablemente durante las sangrientas guerras de sucesión, cuando se construyó el baluarte de San Clemente que la cubría, pusieron en el centro de esta mole un barreno que al estallar la agrietó, derribando un ángulo de ella, habiendo la fuerza de la pólvora o tal vez otros barrenos hecho pedazos el otro peñasco que seguía y formaba el dintel interior, que al caer, arrastró consigo parte del muro de la derecha de corredor, cuyos fragmentos se han encontrado dispersos en el terraplén inmediato.

Difícil es adivinar la manera como los constructores cerrarian estas puertas en días de peligro, siendo de suponer que las interceptarian llenándolas de troncos y piedras, a lo que se prestaba su exigua capacidad; ello es que no hay quicial ni batiente, ni otro género de labrado que indique existencia de puerta alguna, siendo de advertir que el tranquero que hoy se ve labrado en los pedruscos laterales, así como otros indicios de herramientas, corresponden a tiempos muy modernos, cuando estaba habilitada para el público, bajo el título de la *Portella* (portillo), facilitando a los vecinos de esta parte de la ciudad salir al campo, y de ahí proviene el que se llame todavía de la *Portella* la calle contigua.

En otros artículos expondremos algunas consideraciones sobre las opiniones referentes a las antigüedades que se atribuye a estos monumentos megalíticos y a la procedencia del pueblo que los erigió, a fin de que se conozca la importancia que la antropo-arqueología da a estas gigantescas construcciones pertenecientes a las primeras edades del hombre en el mundo.

(El *Tarraconense*, 15 de Octubre de 1871.)

II

Ofrecimos en el artículo anterior, destinado

exclusivamente a la descripción de la puerta ciclópea recién abierta al público, consagrar algunos otros en averiguación de la época en que estas colosales construcciones fueron levantadas y del pueblo que las erigió, exponiendo las opiniones de los escritores antiguos y modernos que de este importante asunto se han ocupado. Bien conocemos, al emprender esta tarea, la dificultad de salida airosa de ella, atendido que en los escritores modernos todo se reduce a conjeturas más o menos probables, no reinando mayor claridad en los escritos de los antiguos, supuesto que en los tiempos de Homero, esto es, diez siglos antes de J. C. no solo se desconocían los fundadores de este número considerable de acrópolis ciclópeas, cuyas ruinas subsisten aun en el Peloponeso y asombran al viajero por su grandeza, sino que ya se ignoraba entonces quienes habían sido los destructores de la más célebre de todas ellas, la de Tirinto, que todavía existe arruinada cerca de la moderna Nauplia en la Argólida.

Omitiendo pues, las descripciones fabulosas con que nos viene adornada la historia de la fundación de las más antiguas ciudades de la Hélade, como Argos, Tebas, Micenas y otras de origen y construcción ciclópea, cuyo examen no contribuiría en lo más mínimo a esclarecer este punto en sí obscuro y difícil, diremos que los autores antiguos de más nota se hallan de acuerdo todos en atribuir su erección a los pelasgos, al establecerse en tiempos muy lejanos, relativamente en la Tracia, en la Tesalia, en la Beocia, en la Argia, etc.; pero, preguntaremos nosotros ¿quienes eran estos pelasgos, de donde procedían, y en que época vinieron a Occidente?

He aquí las preguntas que hacemos a los historiadores antiguos; y si examinamos sus libros, venimos en conocimiento de que ellos sabían lo mismo que nosotros, nada; y en resúmen, vislumbrase de entre aquellas opacas tinieblas, que los pelasgos eran ya pueblos antiquísimos para los primitivos griegos, y que se esparcieron por todo el Occidente en épocas remotísimas. Dedúcese que en

efecto fué un gran pueblo, y que subdividiéndose en varias ramas, tomó diferentes dominaciones, las cuales encontramos en el fondo de la historia como fundadores de otras razas, sino es que bajo la denominación genérica de pelasgos vayan comprendidas gentes de distinta procedencia; resultando de este exámen un verdadero caos, del que solo sacamos una consecuencia cierta y es, que los pelasgos, pueblo que se hizo célebre durante la época heroica, encontró a su llegada otros que le habían precedido, los cuales como aborígenas habitaban el país donde aquellos fueron a establecerse, y de ahí la erección de estas imponentes ciudadelas o acrópolis levantadas para dominar el país, y para defenderse de las agresiones de los indígenas, que pugnaban para arrojarlos lejos de sí.

Calcúlese la antigüedad remotísima de los pelasgos cuando a ello se les atribuye la creación de los famosos reinos de Argos y Sicione, los más antiguos de la Grecia, como también se les considera, según dijimos fundadores de las antiquísimas acrópolis de Tirinto, Micenas, Licosura y Troya, de esta tan célebre como desgraciada ciudad, cuya ruina acaecida 1128 años antes de nuestra era, forma una famosa época en la historia.

El distinguido historiador de nuestros días César Cantú, con su buen criterio y circunspección acostumbrada, opina que algún cataclismo, alguna de aquellas inmensas emigraciones en masa, cuyas causas no están bien explicadas, pero que tan frecuentes fueron en las primeras edades, empujó a pueblos establecidos en las orillas del mar Caspio y Ponto Euxino, los cuales derramándose por la Europa occidental se posesionaron unos del Asia Menor, de la Frigia, de la Lidia y Troada, y pasando otros el Bósforo se establecieron en la Tracia y en el Pelopenoso bajo la dominación de Traco-pelasgos o puramente Pelasgos; y corriéndose de allí a la Italia, desalojaron a otros habitantes de la misma estirpe que les habían precedido, llamados Oscos o Toscos (Etruscos). (1).

(1) César Cantú, época I cap. V; y época II cap. XXII.

No creemos desacertada la opinión de Cantú, siendo posible que este otro pueblo tan misterioso como el pelasgo y conocido en la historia bajo el nombre colectivo de Celta, sea el mismo o tenga la misma procedencia, y aquella opinión emitida por el célebre historiador italiano hace ya más de veinte años, se aproxima a las indagaciones verificadas muy recientemente por la ciencia prehistórica.

Pero el mismo Cantú confiesa que la emigración pelasgica había sido precedida por otra y acaso otras; y la inteligencia humana avida de saber, ha procurado indagar no solamente cuantas fueron aquellas emigraciones primitivas, sino que auxiliada por otras ciencias análogas, y sobre todo por el estudio de los objetos de la industria del hombre que subsistían por toda la superficie del orbe, ha acometido la arriesgada empresa de establecer hasta las fechas más o menos aproximadas de aquellos movimientos. Como estos estudios no dejan de ser curiosísimos, nos proponemos dar una idea de ellos, tal como lo hemos encontrada en los escritores de mas nota.

Es indudable que en el corazón del Asia, en los territorios regados por el Tigris y el Eufrates tuvo su cuna el género humano. Lo es asimismo que las extensas comarcas lindantes con el Oxus y el Iaxartes, el Indus y el Ganges fueron el semillero de la humanidad, de donde salieron las numerosas emigraciones que lenta y paulatinamente se esparcieron por todos los espacios del antiguo mundo, irradiando y empujándose sucesivamente unas a otras, a la manera que irradian y se empujan hacia los bordes las olas de un tranquilo estanque cuando se echa en el centro un objeto cualquiera; y así como estos círculos concéntricos de olas se reproducen al infinito una vez dado el impulso, del mismo modo las emigraciones primitivas una vez impreso el primer empuje, formando oleadas humanas se impelieron sucesivamente del centro a la circunferencia, hasta los puntos extremos de aquella inmensa irradiación.

(Continuad)

BUENAVENTURA HERNÁNDEZ SANAHUJA.